



1. ¿Ir al fútbol para matar?

POR lo visto, nos quedaba algo por ver en este descabellado fenómeno social que rodea en nuestro país al fútbol profesional. La muerte del aficionado *Aitor Zabaleta*, perpetrada (en bastante medida, premeditada) por los integrantes ultras de una peña deportiva rival, parece algo surgido de lo más desbaratado de una realidad ya de por sí bastante absurda. ¿Es un delito ser aficionado a un equipo de fútbol representativo (al menos, de nombre) de la propia ciudad? ¿Son las armas y las muertes las que han de decantar, o acompañar, una simple y respetable competencia deportiva? ¿Puede una sociedad dejar que se llene de esa clase de violencia la realización ordinaria de su ocio organizado? Si así tuviera que ser, más nos valiera entonces proscribir y dejar fuera de la ley a todos los Clubes de Fútbol de 1.^a División, tengan el dinero y los socios que tengan.

En honor de la verdad, tampoco somos exclusivos ni pioneros en esta experiencia de insensatez. Los *hooligans* ingleses ya llevan años dando ocasión a toda suerte de comentarios escandalizados y juicios condenatorios a todos los niveles. En su historial tienen el «trofeo» de haber obligado a que los equipos británicos fueran retirados temporalmente de las competiciones europeas, y a que, aun hoy, la visita de cualquiera de ellos represente un trabajo extraordinario para los responsables de garantizar el orden público allá donde fueren. Pero el caso es que ya no hace falta mirar tan lejos para descubrir idéntico comportamiento. ¿Cuántos «partidos de alto riesgo» figuran ya, con ese calificativo, en la programación de la Liga española de fútbol?

Los protagonistas de tales desafueros suelen ser grupos de jóvenes de entre 17 y 23 años. Jóvenes normalmente en paro, poco o nada insertados en la vida civil, con un bajísimo nivel cultural y abundancia de tópicos y planteamientos gregarios en su pensamiento. Jóvenes que buscan su identidad en los colores de un equipo de fútbol porque no tienen otra fuente

de donde recibirla, y que la afirman con el recurso embriagante de la violencia contra los hinchas del equipo rival.

Ya hay suficientes análisis psicosociológicos de los grupos de ultras deportivos como para comprender que sus componentes no son violentos porque descargan o liberan en los campos de fútbol sus emociones cargadas en otra parte (lo que para tantos otros aficionados es el «grito futbolero» como válvula de escape del fin de semana), sino porque la violencia grupal es precisamente lo que les permite encontrarse a sí mismos. Son el subproducto no deseado de una sociedad civil que en sus márgenes crea monstruos. No es casualidad la fuerte correlación entre los *skinheads* y demás grupos violentos con los colectivos de segunda generación de emigrantes en las grandes ciudades industriales.

Son grupos caracterizados también por sus actitudes xenófobas (algo más que racismo), dirigidas principalmente (aunque no sólo) contra los jugadores de color de los equipos rivales (no los del equipo propio, claro). La xenofobia es la que les da pie y les justifica la exhibición de la simbología neonazi, con el deseo expreso y manifiesto de insultar a una conciencia universal que califica a aquel régimen como maldito. ¡Pobre Hitler, si levantara la cabeza!, ¡en qué causas tan pequeñas han venido a reposar sus alardeadas cruces gamadas!

Sin embargo, estos grupos no son sólo consentidos normalmente por las directivas de los grandes Clubes, sino financiados y fomentados con descaro por ellas mismas. Es público el trato de favor que reciben, o han recibido, los «*Ultra Sur*», «*Boixos Nois*» o el ahora tristemente afamado «*Bastión*», por parte de sus Clubes. Bien es verdad que cuando algo sale mal (como cuando la ruptura de una portería del campo ocasionó daños económicos sustanciosos al Real Madrid, o la quema de banderas españolas y gritos de «in-de-pen-den-cia» en el Nou Camp, o sobre todo, en el caso de la puñalada mortal al aficionado de la Real Sociedad), las mismas directivas tienen mucho cuidado en mostrarse escandalizadas y marcar distancias con esas mismas peñas ultras a las que han dado tantas alas hasta entonces. Eso sí, tampoco les despiden del Club ni les retiran su favor. Porque lo inconfesable es que les son útiles como «fuerza de choque» en sus desplazamientos a terrenos rivales y en el caldeamiento interesado de su masa social. No bastan las descalificaciones e insultos continuados de los directivos entre sí para llenar de público, domingo tras domingo, los estadios de gran capacidad. La tarea resulta ser ya tan desmesurada que, por lo visto, necesita también de las agresiones de los jóvenes incontrolados dispuestos a hacerlas.

¿Quiénes son de verdad, entonces, los insensatos? Todos somos, en

alguna medida, culpables. Los unos, por conservar ese caldo de cultivo que queda visualizado en los altos porcentajes de paro juvenil. Los otros, por incitar a la violencia deportiva con sus declaraciones agresivas y crear unas relaciones entre Clubes muy alejadas del *fair play* que antaño se procuraba siempre observar. Algunos, incluso por fomentar para fines particulares el narcisismo y la debilidad psicológica de los más débiles, sin responsabilizarse después de los resultados. ¿Queremos seguir así?

A. G.

2. Ojo con las culturas

EN sus palabras con ocasión de la aparición del euro como moneda bursátil en el mundo, Jacques Santer ha dicho que la noticia significaba el triunfo de «la cultura de la estabilidad», pregonando tiempos distintos para Europa y los europeos. Junto al distinguido personaje, todos los hombres y mujeres relevantes de la vida europea y hasta mundial también han alzado sus voces para felicitarse por este signo de un presente excelente y de un futuro mucho más prometedor. Los mismos japoneses, tan escuetos ellos, han roto en aplausos rítmicos en la bolsa de Tokyo, como si el bienestar de los europeos pudiera compensarles de su azarosa inestabilidad, tras largos años de un largo y almibarado sueño. El año premilenarista comenzó, pues, en nuestro viejo continente con una alegría y autosatisfacción anormales para el talante un tanto pesimista de la tradición europea. Con el euro, la redención definitiva. Para todos, se supone.

¿Hay razones objetivas para un entusiasmo tan absoluto? ¿Seguro que los pobres de Europa serán menos pobres con el advenimiento de la moneda única? ¿Provocará el detalle un descenso significativo del desempleo en la población marginal y marginada? En una palabra, ¿aumentará eso que hemos convenido en llamar «la justicia social»? Porque si este zafarrancho de optimismo económico en las altas esferas solamente se traduce en un reforzamiento de la macroeconomía y una multiplicación de los grandes capitales ya dominantes, entonces hemos inventado una criatura deslumbrante en beneficio de los más poderosos, de los más fuertes, de los mejor dotados, pero dejando de lado, una vez más, a los pequeños de esta notable

historia. Y si fuera así, estaríamos en la ruta descendente del neoliberalismo ambiental, en lugar de perfeccionar el sistema dominante.

Para salir de dudas, si es esto posible por ahora, se sugiere el visionado de la película que en Francia ha triunfado en el reciente 1998 y que está llamando la atención en España: *De todo corazón*, de Robert Guédiguian. De suyo, carece de relación directa con este asunto del euro. Es una historia de perdedores que, por casualidades de la vida, alcanzan algún tipo de victoria, entre evidentes brotes de romanticismo en estado puro. Pero contemplándola, uno se pregunta si «la cultura de la estabilidad» tiene sentido si no va unida a «la cultura de la distribución». No sea que, con el tiempo, acabe por romperse tanta estabilidad precisamente por ausencia de distribuirla entre todos. Vale la pena ver el filme, meditar sobre él y, después, releer los dos primeros párrafos de esta acentuación al vuelo de la vida. Pruébenlo.

P. de P.

3. «No aprendemos»

HACE unos meses, el Consejo de la Federación luterana mundial, al cual pertenecen el 90 por 100 de los luteranos de todo el mundo, ha aceptado la Declaración conjunta con la Iglesia católica sobre la «justificación por la fe».

Esperamos que esté ya cerca la caída del muro de separación que dividía desde el comienzo de la Reforma a las dos iglesias. Como afirma Alan Falconer, director de Fe y Constitución, *«las relaciones entre luteranos y católicos ya no serán las mismas. Los eslóganes y las caricaturas de 400 años de historia han sido reemplazados por una nueva comprensión y relación. Este proceso hacia la unidad continuará»*.

El diálogo luterano-católico viene de lejos y va cuajando en declaraciones comunes y acuerdos parciales. Ya en 1986 la Comisión Internacional luterano-católica publicaba un volumen que recogía los diversos acuerdos. Pero quedaba todavía una enorme dificultad. Desde el tiempo de la Reforma las iglesias luterana y católica han estado intercambiando mutuamente excomuniones. Y la pregunta es: esas excomuniones ¿siguen estando todavía plenamente vigentes?

El texto de la Declaración conjunta, aún no firmado por la Iglesia católica, llegó a su formulación casi definitiva en 1997. Pero entonces tropezó con serias dificultades, primero en la orilla de los propios luteranos. Para unos la auténtica doctrina luterana había quedado aguada por un falso irenismo. Para otros, en cambio, no se había ido suficientemente lejos.

La «justificación por la fe» es uno de los temas clave de la Reforma de Lutero. Lo expuso con vigor en los comentarios que escribió a las cartas a *Romanos* y *Gálatas* entre 1515 y 1517. Pero sobre todo fue su propia experiencia la que le fue llevando a la formulación de la justificación: Dios, a través de su Palabra, curó a Martín Lutero de sus angustias y sus escrúpulos. Liberado así de su voluntad, obstinada por obrar el bien para poder agradar a Dios, recibía Lutero de Dios «*la libertad del hombre cristiano*». Veía al mismo tiempo a muchos católicos agarrotados por la preocupación de obrar bien para poder congraciarse con Dios. Desde esa preocupación, amontonaban ayunos, penitencias, peregrinaciones, indulgencias...

En la perspectiva luterana, el paso siguiente es lógico: fuera estructuras eclesíásticas que fomentan (y a veces con qué intenciones) esas prácticas. Aplicando esta doctrina, en el «credo» luterano quedaban relegadas a un segundo o tercer plano realidades tales como el ministerio, los sacramentos, una Iglesia portadora de esas gracias. El cristiano no tiene nada de qué presumir ante Dios. La acción humana tiene muy poco valor. El hombre es al mismo tiempo justificado y pecador («*simul iustus et peccator*»).

El acuerdo con la Iglesia católica todavía no se ha alcanzado del todo. Coinciden ya luteranos y católicos en afirmar que «*justificación significa que nuestra justicia es el propio Cristo y participamos de esta justicia por el Espíritu y según la voluntad del Padre... Somos aceptados por Dios no por nuestros méritos sino por la gracia por medio de la fe en la acción salvadora de Cristo*» (Declaración, 15).

Por parte de la Iglesia católica quedan todavía algunas reservas que han retrasado la firma de la declaración, prevista en un primer momento para el otoño pasado. El cardenal Ratzinger ha expresado la conveniencia de añadir una declaración complementaria para superar algunas incertidumbres que han surgido en los últimos meses. Y el cardenal Cassidy, presidente del Consejo Pontificio para la Unión de los Cristianos, espera que la Declaración se pueda firmar el año 2000.

Van cayendo y callando formulaciones agresivas y violentamente excluyentes, muros de separación infranqueable (recuérdese la educación que muchos de nosotros, hace ya años, recibimos para nuestras relaciones con los «protestantes», excomuniones...). No se trata ahora de hacer almoneda y aprovechar rebajas para una gracia barata, una teología del poco más o

menos, unas paces ecuménicas a costa de lo que sea y renunciando a lo que haga falta... Pero ¿por qué absolutizamos y para siempre tantas cosas?, ¿no aprenderemos –y cuidado que hemos tenido que «corregir» el rumbo de nuestra historia– que el insondable misterio de Dios se queda siempre más allá de todos nuestros esquemas y expresiones?

Una última reflexión. Pierre Vuichard, en *Choisir*, evoca una imagen que no es nueva pero sí oportuna y como tal ha sido utilizada ya en muchas ocasiones. El movimiento ecuménico es una nave que va avanzando. Algunos teólogos van en el puente de mando para asegurar el rumbo. Pero otros son las velas a través de las cuales el viento hace avanzar la nave. Sin éstos, la nave se queda al paio.

El Espíritu empuja hacia la unidad. Sin caer en ingenuidades, ¿no será mucho más saludable poner más cercanía en el puente de mando y echar por la borda unos cuantos sacos de celos?

J. S. V.